

## IV.

## EL DOCTOR—EL BARON—DON CARLOS.

Doc. —El sueño os ha vencido esta mañana.

D. CAR.—Es verdad.

Doc. —Que durmiérais os dejamos

Porque.... ¡dormiais tan tranquilo!....

D. CAR. —¿Qué hora

Es?

Doc. —Las nueve; tiempo há que os aguardamos  
Para desayunarnos ¿teneis gana?

D. CAR.—No.

Doc. —No importa; debéis hacerlo ahora:

Porque es preciso alimentarse.

—Vamos.

D. CAR. —Sentaos á mi lado y hablaremos

¿Os molesta el hablar?

D. CAR. —No.

—Pues hablemos.

Doc. —¿Cómo está la cabeza?

D. CAR. —Un poco vana

La siento.

Doc. —¿Así como si fuera hueca?

D. CAR.—Sí.

Doc. —¿Con dolor ligero en los oídos?

D. CAR.—Sí.

Doc. —¿Calor en la piel? ¿la boca seca?

D. CAR.—Sí.

Doc. —¿Y la memoria?

D. CAR. —Creo que la pierdo

A veces; otras veces se me trueca

Y andan mis pensamientos confundidos.

Doc. —¿Quiénes somos?

D. CAR. —No sé: desconocidos

Creo que no me sois: mas no me acuerdo.

Doc. —¿Sentís hácia nosotros simpatía?

D. CAR.—Sí.

Doc. —¿Por qué?

D. CAR. —Porque estais siempre á mi lado,

Me dais conversacion y compañía,

Me sonreís, me entreteneis y cuentos

Me contais que.... no sé que es lo que tienen

Que me traen sus historias pensamientos

Que á solas en el mio van y vienen

Como sueños de amor.

Doc. —¿Habeis soñado?

D. CAR.—Mucho.

Doc. —¿Qué?

D. CAR. —No lo sé; yo me mecia

Como se mece en el ambiente un ave

Noble.... el condor.... la garza.... como un dia,

No sé cuando ni donde, ví una nave

Mecerse dulcemente en la bahía.

- Doc. —En Nápoles.
- D. CAR. —Tal vez.
- Doc. —Allí.
- D. CAR. —¡Quién sabe!
- Doc. —Yo lo sé: aquella nave era la mia:  
Una hermosa galera.
- D. CAR. —¡Muy hermosa!
- Doc. —Que se llama la galera de Rosa.
- D. CAR. —¡Rosa!
- Doc. —Sí: ¡que hay en eso que os asombre!
- D. CAR. —Nada: mas ese nombre no creia  
Yo que de nave alguna fuera nombre.
- Doc. —Pues ese el nombre de mi não era:  
En ella vine yo de Alejandría:  
La não mas gallarda y mas velera  
Que fué á anclar en los puertos del oriente;  
Cuya historia gentil, si se escribiera,  
Por fantástico cuento  
De los libros de oriente se tuviera.
- D. CAR. —Contádmela.
- Doc. —Os vá á ser impertinente  
Su narracion.
- D. CAR. —¿Por qué?
- Doc. —Porque es difusa.
- D. CAR. —No importa.
- Doc. —Es complicada: es muy confusa.
- D. CAR. —No importa.
- Doc. —En fin, si os empeñais..... consiento.  
En ello: atended pues.
- D. CAR. —Estoy atento.

Doct.—Hubo una vez un hombre muy estraño  
Que empezando á estudiar desde muy niño,  
Cobró á las ciencias especial cariño:  
Mas á su siglo y sociedad uraño  
Se hizo, porque al sondar su falso aliño,  
Tras uno y otro amargo desengaño  
Concluyó por juzgarles de otro modo  
De como les juzgaba el mundo todo.  
De ingenio claro, de carácter vivo,  
Desde su adolescencia reflexivo,  
Y á su edad juvenil mas sério y grave  
De lo que en años tan pueriles cabe,  
Afanoso emprendió, dominó activo  
Aquellos fastidiosos rudimentos,  
Necesarios preludios,  
Precisos elementos  
De todos los estudios:  
Mas que una vez vencidos, facilitan  
La árdua ascension hácia el saber, producen  
Aficion al estudio, y habilitan  
Para la comprension la inteligencia,  
La alumbran, robustecen, y ejercitan  
Y abren por fin las sendas que conducen  
Al luminoso templo de la ciencia.  
Con su instruccion precoz y mente sana  
Llegó, pues, á ser hombre antes de tiempo;  
Su posicion social, su cortesana  
Urbanidad, su porte, su familia,  
Su riqueza y carácter, cuanto auxilia  
Para entrar en el mundo á un mozo imberbe,

Abrió á sus pasos en edad temprana  
 Las puertas de ese mundo tumultuoso  
 Que se apellida sociedad humana;  
 Golfo azul y engañoso  
 Bajo cuya haz encantadora hierbe  
 La dicha, el duelo, la virtud, el vicio,  
 El mal, el bien, la fé, la ineptia, el crimen:  
 Dó fermentan en fin como en un horno  
 Cuantas miserias al mortal oprimen,  
 Desde el alma honradez hasta el soborno,  
 Desde la cobardía al heroísmo,  
 Desde el pródigo lujo de los reyes  
 De la mendicidad hasta el cinismo,  
 Desde la caridad al egoísmo,  
 Desde la estupidez de los villanos  
 A la ferocidad de sus tiranos.  
 Entró en el mundo con su fé evangélica,  
 Su vírgen corazon, su recto juicio:  
 El mundo alegre le acogió y propicio,  
 Y fascinó un momento su alma angélica.  
 Abandonóse un punto á la corriente  
 Social: negoció, amó, trabó amistades,  
 Fué leal y vendido bajamente,  
 Y escarmentó. . . . y del trato de la gente  
 Y de la tradicion de las edades  
 Pasadas y su historia, pronto supo  
 Estraer su razon inteligente  
 De entre las ilusiones las verdades.  
 ¡Tacto tan fino en su criterio cupo!  
 Halló que el mundo sin placer vivia

Creándose sin fin necesidades,  
 Ahogando sus quejidos de agonía  
 Con escétricos himnos de alegría;  
 Llamando á mil mentiras y á mil males,  
 Conveniencias sociales:  
 Dado en sustituir en mil maneras  
 Al bien y á las virtudes verdaderas  
 Un bien y una virtud convencionales;  
 De modo que en lugar del paraíso  
 Que pudo hacer de la fecunda tierra  
 Que darle Dios por patrimonio quiso,  
 Vió que el hombre social hizo un infierno  
 Donde vivir en sempiterna guerra,  
 Dando á su corazon tormento eterno.  
 Vió que allí la doblez, la hipocresía,  
 La usura, la ambicion y la falácia,  
 Se llamaban talento, cortesía,  
 Comercio, patriotismo y diplomacia.  
 En lugar de la fé vió al fanatismo,  
 Al favor en lugar de la justicia,  
 Presa la ingenuidad de la malicia  
 Y la fraternidad del egoismo;  
 Y hallando que sus vicios en su seno  
 Tiene la sociedad tan arraigados  
 Que es imposible hacerla separados  
 Ver de una vez lo malo de lo bueno,  
 Con disgusto profundo  
 Abandonó la sociedad y el mundo;  
 Mas teniendo á los hombres por hermanos,  
 Y queriendo ser útil á su raza,

Que para ser feliz no se dá traza,  
 Determinó adquirir cuantos humanos  
 Conocimientos abarcar pudiera,  
 Y en pró de aquella sociedad demente,  
 De aquella loca é insensata gente  
 En lo futuro emplear pudiera  
 Su alma caritativa  
 Con virtud evangélica y fé viva:  
 Y volvió á sus estudios, decidido  
 A emplear filantrópico su ciencia  
 En mejorar del hombre la existencia,  
 El santo fin para que fué nacido  
 Cumpliendo, cual lo entiende su conciencia.  
 De todos los maestros á las cátedras  
 Asistió con afan: con gran provecho  
 Las universidades  
 Cursó, se hizo en sus áulas conocido:  
 En teología, en artes, en derecho  
 Discutió, ganó premios: y aplaudido  
 En todas las escuelas,  
 Bogó por suerte rápida impelido  
 Por el mar de la fama á todas velas.  
 Mas cuando vió llegar sus opiniones  
 A ser autoridades,  
 Cuando midió su ciencia con razones,  
 Las varias facultades  
 En que se doctoró le parecieron  
 Llenas de rutinarias vagatelas,  
 De inútiles ó locas nimiedades,  
 En cuya espesa red las envolvieron

Los que en vez de estudiarlas en conciencia  
 Y en lugar de alumbrar de las edades  
 Futuras con su luz la inteligencia,  
 Con sutilezas mil las embrollaron.  
 Vió que los ergotistas en abismo  
 Impenetrable y lóbrego tornaron  
 La sencillez sublime de la ciencia,  
 Con un intolerable pedantismo  
 Llenándola de enormes comentarios;  
 Y con argucias mil y corolarios  
 Inútiles y fárrago fraileesco  
 Falseando los principios y la esencia.  
 De la jurisprudencia,  
 Y los de la divina teología,  
 Los de la medicina y la farmácia  
 Y la filosofía,  
 Hicieron de la ley un laberinto,  
 De la ciencia de Dios una fé impía,  
 De caer en las manos de algun médico  
 La mas fatal desgracia,  
 De la farmácia un tiesto enciclopédico  
 De todas las ponzoñas y brebajes  
 Dañosos, de la ciencia filosófica  
 Un campo de argumentos y cuestiones  
 En el cual se llevaban la victoria,  
 No la simple verdad, no las razones,  
 No el sentido comun, no la oratoria,  
 Sinó la sutileza y la memoria,  
 La audacia y el vigor de los pulmones.  
 El, que no concibió que siempre inútiles

Debieran ser las ciencias, entregadas  
 A cuestiones tan sándias ó tan fútiles,  
 Ni del sábio las fuerzas empleadas  
 En probar con argucia falsos témas  
 Y en sostener quiméricos sistemas,  
 Empezó á interponer su recto juicio  
 Como un antemural á sus errores,  
 Cual valla ante el abierto precipicio  
 Y cual freno al furor de los doctores;  
 Pero á los pocos días  
 De enunciar sus sencillas teorías,  
 Volviéronse contra él todos los sábios,  
 Cayó sobre él diluvio de cuestiones:  
 Y no hallando sus áulas y sus lábios  
 Suficientes á dar tantas respuestas  
 A tantas lenguas á la suya opuestas,  
 Porque de su valor no se presuma  
 Que cede, ó que le faltan las razones,  
 Para evitar tumulto y discusiones  
 Ató la lengua y desató la pluma.  
 Abandonó deber y obligaciones,  
 Encomendó su hacienda á su familia,  
 Y encerrado entre libros y centones,  
 Leyó, estudió, indagó, puso en el peso  
 De la exacta razon las objeciones  
 Que le hicieron. . . . y en fin, hilóse el seso  
 En perpetua vigilia  
 Analizando escritos á montones;  
 Hasta que del estudio en el exceso  
 Y en el afán de sostener la lucha

En pró de su razon, su fé y su fama,  
 La carga grave y su salud no mucha,  
 La apoplejía le postró en la cama.

No hay en la ciencia humana, aunque radique  
 En la esperiencia y conviccion mas puras,  
 Razon que mas á fondo modifique  
 La del hombre, que cambie y rectifique  
 De vez sus opiniones mas seguras,  
 Como una enfermedad. Allá en su lecho  
 En sus noches de insomnio, en ese estado  
 De postracion que queda trás la fiebre,  
 Suele, de tiempo viéndose sobrado,  
 Registrar los rincones de su pecho  
 El enfermo á sus solas, sin cuidado  
 De que el torzal de sus ideas quiebre,  
 Ni en la opinion de su conciencia influya,  
 Ni sus buenos propósitos destruya  
 El mezquino interés no satisfecho,  
 La no saciada sed de las pasiones,  
 O el engaño de locas ilusiones.  
 Y ¡cuántos sábios de opinion cambiaron,  
 Y su modo de ver rectificaron,  
 Tan solo con dejar que les arguya  
 Su conciencia en el tiempo que pasaron  
 En una enfermedad! Tuvo en la suya  
 El doctor de mi cuento tiempo largo  
 Para juzgar su posicion á solas:  
 Y aunque se le hizo de tragar amargo  
 Y fluctuó mucho tiempo entre las olas  
 Del mar de su amor propio, al fin vencido

Por la fria razon, se hizo este cargo:  
 " Yo no podré, por mas que invente modos,  
 " Oponer mi razon á la de todos;  
 " No he de poder en mi existencia breve  
 " Profesar á la vez todas las ciencias  
 " Ni reformar el mundo. El hombre debe  
 " Profesar una sola, y que se cebe  
 " Dejar á su talento en ella solo,  
 " En ella procurar ser eminente,  
 " Y extenderla con fé de polo á polo,  
 " Y ser útil con ella,  
 " Si á su centuria nó (porque atropella  
 " Al que intenta oponerse á su corriente,)   
 " A los que busquen del saber la huella  
 " De su pasada edad en la siguiente.  
 " Disputar contra todos, será bravo;  
 " Mas aunque sean por mí todos vencidos  
 " Y me los traiga atados por los codos,  
 " Ni habré hecho mas que disputar al cabo,  
 " Ni pasará de ser un buscaruidos;  
 " Mi ciencia será inútil para todos,  
 " Y solo me tendrán mis semejantes  
 " Por uno mas de tantos disputantes.  
 " De tantas controversias ¿qué he sacado?  
 " La cabeza caliente y los piés frios.  
 " Doy que he triunfado ¿con los triunfos míos  
 " La sociedad humana qué ha ganado?  
 " Reirse en nuestras barbas de nosotros  
 " Creyendo al de mas voz y de mas brios  
 " Con la mejor razon: por de contado

" Sin comprender ni la de unos ni la de otros.  
 " Dejemos pues de discutir: la clave  
 " De la ciencia y virtud de los cristianos  
 " Es que con lo que puede y lo que sabe  
 " Sea útil cada cual á sus hermanos."  
 Y este cálculo sábio á tiempo hecho,  
 Determinóse á profesar la ciencia  
 Que mas útil creyó al género humano:  
 Y conceptuando la de mas provecho  
 La de la medicina, su existencia  
 Decidió consagrarla cuando sano  
 Pudiera al fin abandonar el lecho.  
 Sanó; y la consagró su vida entera:  
 Y lleno del desprecio mas profundo  
 Por todos los sofistas de su era,  
 Juró no discutir aunque viviera  
 Un dia mas que en el mundo:  
 Y con el noble afán de hacer del hombre  
 De todas condiciones y parajes  
 Un estudio profundo y verdadero,  
 Se propuso correr el mundo entero  
 Y atesorar el fruto de su viages.  
 Visitó pues las cortes de la Europa,  
 Y las tribus de la Africa salvajes,  
 La América; y con suerte viento popa  
 Acumulando ciencia y esperiencia,  
 Se encaminó al Oriente  
 Cuna del hombre; enriqueció su ciencia.  
 Tratando con honor la medicina  
 En Siria, en el Egipto, en Palestina:

Y despues de vivir con opulencia  
 Descansando en Alepo algunos meses,  
 Salió en union de una familia indiana  
 Que él mismo convirtió á la fé cristiana  
 Con direccion á la India, donde ha dias  
 Recojen los audaces Portugueses  
 Gran cosecha de gloria y de intereses,  
 Sembrándola de sangre y de falsías.  
 Llegó á Byr, embarcóse en el Eufrátes,  
 Bajó á Bagdad, que es la Babel de ahora,  
 Descendió por el Tigris á Bassora,  
 Detúbose en Ormuz que es el mercado  
 Mas rico del Oriente, fué las perlas  
 De mayor magnitud y mas quilates  
 Que joyeros jamas han apreciado  
 A pescar en Bahráin, donde el cojerlas  
 Tantas vidas de buzos ha costado:  
 Logrando al fin desembarcar en Gõa,  
 Hoy llave del tesoro de Lisbõa.

Allí tenia ya la ley de Cristo  
 Estendidas raíces: la memoria  
 De Francisco Javier embalsamaba  
 Aquella rica costa, dó bien quisto  
 Era el cristiano que á su edén llegaba;  
 La santa cruz, el lábaro cristiano,  
 Se alzaba allí como pendon de gloria,  
 Sellando la victoria  
 La audacia y la piedad del Lusitano.  
 Gõa era del comercio y la fé centro,  
 Pero el tenaz doctor de mi leyenda,

Ganoso de otros triunfos, fué su tienda  
 Plantando cada noche mas adentro  
 De estas tierras espléndidas y estrañas,  
 De suelo ardiente y áureas entrañas.  
 Y curando al enfermo, y consolando  
 Al triste, y amparando al desvalido,  
 La luz del evangelio propagando,  
 Un paso cada dia fué avanzando  
 Dentro de aquel país desconocido.

Y sucedió que un rey de una comarca  
 Llamada Arungabad, que en sus fronteras  
 Un opulento territorio abarca  
 Del Golfo de Cambay á las riveras,  
 Tenia á su país de afliccion lleno,  
 Porque de tiempo atrás adolecia  
 De enfermedad que le causó un veneno,  
 Que por irreflexion tragado habia.  
 Y este rey, Idalkan, el cual era hombre  
 De ley tan justa y corazon tan bueno  
 Como sonoro y bárbaro su nombre,  
 Oyendo de aquel médico extranjero  
 Hablar como de un sér maravilloso,  
 (Porque es muy hiperbólico, ampuloso  
 Y enfático el hablar del pueblo Indiano)  
 Quiso ver por sí mismo el soberano  
 Si era el hablar del vulgo verdadero,  
 Y si el doctor de quien hablar oia  
 Tanto bien, de su mal le curaria.  
 Al enunciar deseo semejante,  
 Salió á buscarle un cortesano: hallóle

Y á la presencia de Idalkan le trajo.  
 El monarca, al hallársele delante,  
 Con sonrisa benévola acojióle  
 Sereno humor y plácido semblante.  
 El doctor conoció que su futura  
 Suerte iba á depender de aquel instante,  
 Y fué con diplomática mesura,  
 Con la mayor dulzura  
 De su mal los detalles preguntándole;  
 Y el buen rey Idalkan iba esplicándole  
 Sus síntomas, sus causas, sus periodos,  
 Y el atento doctor se iba de todos  
 Haciendo cargo y esperanzas dándole.  
 Y arreglóse tan bien, que en la primera  
 Consulta sin trabajo  
 La simpatía de Idalkan se atrajo;  
 Y el rey se pagó de él de tal manera,  
 Que aposento en su alcázar ofrecióle  
 Mientras durara de su mal la cura;  
 Y el doctor aceptó, y el rey tratóle  
 Con liberal y espléndido agasajo;  
 Y el sincero doctor por cuantos medios  
 Pudo idear solícito cuidóle,  
 Y á fuerza de cuidado y de remedios  
 Del veneno los gérmenes le estrajo.  
 El rey sanó por fin; y cuando un día  
 Oficialmente el médico lo dijo  
 A la corte y al pueblo, la alegría  
 Fué universal: y el pueblo, que quería  
 Bien á su rey, al médico bendijo.

Entonces Idalkan, en cuyo pecho  
 Se germinó con el afan prolijo  
 Del médico por él una sincera  
 Amistad, que á su trato se habia hecho,  
 Y que sintió que necesaria le era  
 La amistad del doctor mas cada dia,  
 Mas grata cada vez su compañía,  
 Se empeñó en detenerle al lado suyo  
 Y le hizo las mas pródigas ofertas,  
 Para ganar su voluntad: y ciertas  
 Debieron de salir segun arguyo.  
 Porque el doctor las aceptó; y las puertas  
 Del alcázar á abrirse ante las plantas  
 Del doctor para irse no volvieron,  
 Ni hácia él por el monarca se infringieron  
 De la hospitalidad las leyes santas.  
 Quedóse pues el médico contento  
 De Arungabad en el palacio Indiano,  
 Y debió de tener algun intento  
 Secretó tal favor del soberano  
 Para aceptar así: porque yo siento  
 Que fuera pensamiento muy villano  
 Y hacer á su carácter injusticia,  
 Pensar que se quedara por codicia.  
 Ello es que se quedó: y en el palacio  
 Del buen rey Idalkan establecido,  
 De él no se separaba ni un momento:  
 Y como el rey le estaba agradecido,  
 Y tenia alta idea de su ciencia,  
 Y para hablar con él sobrado espacio,

Comenzó mi doctor con mucho tiento  
 Mano á poner á su secreto intento.  
 Primero unas palabras fué soltando,  
 Despues estableció proposiciones,  
 Con ejemplos despues las fué afirmando,  
 Mas tarde fué leyendas, tradiciones,  
 Historias y parábolas narrando:  
 Bíblicas y evágelicas lecciones  
 Se arriesgó al fin á hacer, con el objeto  
 De ir minando su espíritu en secreto.  
 El rey á sus palabras prestó oído,  
 Al principio por pura deferencia,  
 A sus proposiciones sorprendido,  
 A sus historias ya con complacencia;  
 Al fin su mismo espíritu atraído  
 Las pedia; y entonces dulcemente  
 Iba el sagaz doctor con gran paciencia,  
 Con interés y método prudente,  
 Inculcando en su alma la creencia  
 De la cristiana fé, que siempre ha ido  
 Recta á alumbrar la sana inteligencia  
 Y á hablar al corazon y al buen sentido.  
 Y al fin de mucho tiento y muchos dias  
 De afanes, Idalkan el rey Indiano  
 Renegando por fin de las impías  
 Creencias de su fé, se hizo cristiano:  
 Y el médico por fin logró el objeto  
 Que con cristiano afan labró en secreto.  
 Sus pueblos, que á su vez al rey amaban  
 Por su justicia y corazon benigno,

Y que el saber del médico juzgaban  
 Por el bien que les hace de fé digno,  
 Imitaron al rey. A su demanda  
 Envió al punto de Góa misioneros  
 La asociacion de *fide propaganda*;  
 Y á su predicacion pueblos enteros  
 De Marabuts y Brackmas energúmenos,  
 Desengañados de su fé nefanda  
 Pidieron la pelliz de catecúmenos.

Y hé aquí como el doctor, por raro modo,  
 Los caminos por Dios encontró abiertos  
 Para elevar su ciencia á grande estado,  
 Para franquear el cielo á un pueblo todo  
 Y á nuestra Europa comercial sus puertos,  
 Dó nunca su marina habia fondeado:  
 Pues cuando el bien el hombre se propone,  
 Dios todo para el bien se lo dispone."

Aquí el doctor, que á su historia,  
 Ya de suyo algo confusa,  
 Introduccion tan difusa  
 No puso sin su razon,  
 Cortóla: y quedó en silencio  
 Considerando un instante  
 De Don Cárlos el semblante  
 Con la mayor atencion.